

EN TEORÍA

# Los Robinsones

por Antonio Martínez Menchén \*

*«Las Aventuras de Robinson Crusoe» inaugura un nuevo género literario: la novela moderna, y con él una forma diferente de abordar y concebir la aventura.*

*El autor analiza el significado de la obra de Daniel Defoe y describe algunos de los hijos literarios que posteriormente siguieron la estela de su magistral personaje.*

**H**acia finales de la primera década del siglo XVIII, un antiguo comerciante inglés, más tarde dedicado a la confección de diversos folletos moralizantes y algún que otro panfleto político que le originarían amargos sinsabores, tuvo ocasión de leer la obra del capitán Woodes Rogers *Viajes alrededor del mundo*. Por ella conoció la aventura de cierto marino escocés, Alejandro Selkirk, recogido por el capitán Rogers en la isla de Juan Fernández, donde había permanecido cuatro largos años. La historia de aquel marino que había conseguido sobrevivir en una isla desierta, impresionó tanto el mercader y posterior panfletoista Daniel Defoe, que le inspiró un libro de muy largo título, hoy conocido por el más abreviado de *Aventuras de Robinson Crusoe*. La obra no sólo tuvo una multitud de imitadores y continuadores, sino que creó un tipo universal y un nuevo género literario: la novela moderna.

La narrativa de los cuentos tradicionales y la literatura escrita con ellos relacionada (la narrativa medieval de los ciclos caballerescos), es la propia de una sociedad estamental dominada por un estado aristocrático en su doble versión guerrera-clerical, siempre paralela y muchas veces confun-

dida. La narrativa que inaugura el Robinson de Defoe es la correspondiente a una nueva sociedad, la capitalista, cuyo elemento representativo y dominante será el miembro de una clase que va a lograr hacia finales de ese siglo adueñarse del poder: la burguesía.

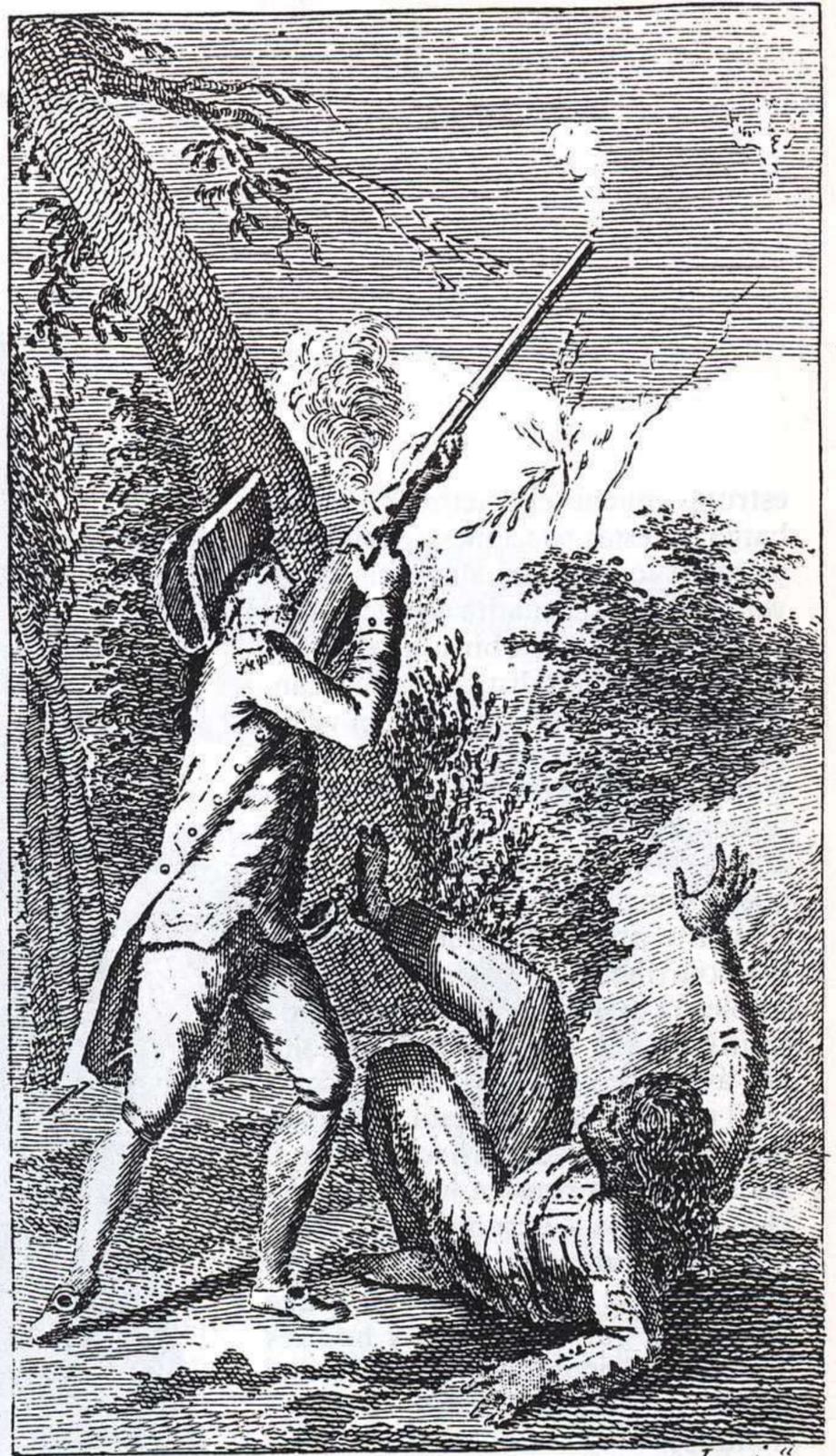
Dos son los rasgos esenciales que van a marcar el paso del uno al otro género: la transformación del arquetipo en personaje y la evolución de una narrativa configurada por la sucesión mecánica de acaeceres (aventuras que se suceden sin que ello implique una interrelación transformadora entre el héroe y su entorno), a otra con un desarrollo orgánico de interrelación entre el héroe y su circunstancia. Pues lo que distingue esencialmente a Robinson de los héroes caballerescos es que no sólo es capaz de modificar su medio —la isla—, sino que, a su vez, es modificado por su entorno. La nueva circunstancia hará que Robinson cambie, que se convierta en un hombre distinto del que era antes de su naufragio. En otras palabras: ya no nos encontramos frente a un *arquetipo*, como pueden ser el héroe, la princesa o el auxiliar mágico y sus respectivos correlatos de la literatura caballerescas, sino ante un carácter, un *personaje*, en el sentido que este término adquiere en ese nuevo género



J. Camarón lo dibujó

J. C. 2

J. CAMARÓN. EL NUEVO ROBINSON. C<sup>a</sup> JORDI, ROCA Y GASPAR. BARCELONA, 1800.



J. Camarón lo dibujó

J. C. 2

J. CAMARÓN. EL NUEVO ROBINSON. C<sup>a</sup> JORDI, ROCA Y GASPAR. BARCELONA, 1800.

narrativo que va a ser la novela moderna.

### El héroe Robinson

Naturalmente esta evolución sólo es posible porque surge una nueva estructura económico-social que, mediante la división del trabajo y la posibilidad de una movilidad social cerrada por la sociedad estamental, va a establecer unas premisas personales de diferenciación y evolución que se concretarán en esa nueva figura que es el individuo. En este sentido, el héroe Robinson es un producto típico del individualismo burgués-liberal. Pero no obstante, y a pesar de su singularidad, de su carácter que le individualiza como persona, el héroe de Defoe como todas las grandes creaciones literarias trasciende su propia

singularidad para convertirse en símbolo colectivo; precisamente en el símbolo de los valores que identifican a ese nuevo héroe, producto y motor de la también nueva estructura social: el ciudadano burgués de la Europa protestante artífice de la revolución industrial.

Robinson ejemplifica ese tipo magistralmente estudiado por Max Weber que encuentra en su nueva relación con la divinidad el principal impulso para la realización de un nuevo modelo económico. En la soledad de su isla desierta, Robinson tiene no obstante siempre a mano un interlocutor: el Dios de la Biblia. Un Dios con el que mantiene no esa relación de fe y oración que hubiera sido la propia de un Robinson católico, sino una relación de diálogo, en cuanto que el mensaje divino es reelaborado

mediante una interpretación personal, propia de una religión que introduce el libre examen y la supresión del intermediario sacerdote, que permite a Robinson orientar ese mensaje a su propia circunstancia impulsándole a la realización de su obra.

Obra que no se limita a la supervivencia, sino que tiende al enriquecimiento, a la creación de un capital. Robinson no se conforma con vivir de los frutos de la tierra sino que desarrolla una auténtica explotación industrial destinada a la consecución de un excedente. Es algo que analiza agudamente Carlos Marx en *El Capital*, cuando señala: «Tan claras y tan sencillas son las relaciones que median entre Robinson y los objetos que forman su riqueza, riqueza salida de sus propias manos, que hasta un señor Mr Wirth podría comprenderlas sin

estrujar mucho el caletre. Y sin embargo, en estas relaciones se contienen ya todos los factores sustanciales del *valor*». Marx encuadra perfectamente la actividad de Robinson dentro de la actividad capitalista, ejemplificándola al desarrollar su teoría del *valor*. Pero es más: cuando aparece una segunda persona en la isla, Viernes, Robinson no sólo la utilizará dentro del marco clásico de patrono-obrero, sino que la someterá a esa explotación paternalista propia de aquel colonialismo con ribetes de paternalismo que empleaba al misionero europeo como lenitivo al par que auxiliar del colono, ávido de riquezas.

El resultado de toda esta actividad, de esta mentalidad que hace de la consecución de la riqueza un fin bendecido por Dios —diríamos que el destino que la propia divinidad ha fijado al hombre—, no puede ser otro que el triunfo, por muy duras y hostiles que sean las circunstancias con las que el héroe puritano tenga que enfrentarse.

Cuando el salvador de Alejandro Selkirk llega a la isla de Juan Fernández, encontrará en ella a un ser depauperado, de aspecto animal que ha perdido casi el uso de la palabra. Pero el optimista moralizante que es Defoe no podía ceñirse a esta realidad. No será un ser en plena regresión animal lo que encontrarán los liberadores de Robinson, sino un próspero hacendado que, al abandonar sus dominios, dejará tras sí una colonia floreciente.

## Puritanismo burgués

Es precisamente este «moralismo» del Robinson —moralismo que es el propio del puritano burgués que por entonces está poniendo en marcha la revolución industrial—, y que agudamente subraya Gildon al señalar que se compraba el Robinson a la par de *El viaje del peregrino de este mundo al futuro* o *La práctica de la piedad*, lo que hará que bien pronto esta obra «edificante» se considere propicia



SERRA MASANA. AVENTURAS DE ROBINSON. SEIX BARRAL. BARCELONA, 1925.

para la formación de la juventud, tal como indica Rousseau en su *Emilio*, abriéndosele de par en par las puertas de la literatura infantil y juvenil. Se agudizará esta intención moralizante del original en la continuación, ya descaradamente didáctica, que realiza en 1779 el alemán Campe en forma dialogada y con el título de *El nuevo Robinson*. Esta versión que en España, de manos de la traducción de Iriarte eclipsó durante bastante tiempo al propio original de Defoe, va a introducir dos modificaciones importantes. En primer lugar y como ya

hemos señalado, el intencionado didactismo, al desarrollarse mediante diálogos entre un maestro y un discípulo, lo que la coloca a la par de otra obra de similar intención y éxito, *Las aventuras de Telémaco*. La segunda modificación es la sustitución de un naufragio solitario por dos o más naufragos. Y dado que, desde este didactismo preterintencionado que la saga va a adquirir desde Campe, se piensa como destinatario del libro en un público infantil o juvenil —algo a lo que era totalmente ajeno Defoe—, es natural que en este naufragio plural fi-

guren siempre niños o adolescentes.

Es así como la numerosa descendencia del Robinson de Defoe va a moverse dentro de ese marco del enseñar deleitando que durante mucho tiempo viene caracterizando la literatura infantil. Se pretende dar un mensaje formativo, a la vez que distraer y divertir al lector. Fijado el esquema por el genial libro original, las continuaciones se limitan a establecer variaciones tanto en la composición del grupo de naufragos, como en los parajes en que el naufragio se produce. Así tendremos que, limitándonos a los Robinsones más conocidos, el suizo Wyss hará naufragar a toda una familia ejemplar y unida en *Los robinsones suizos* y Julio Verne a todo un colegio en *Dos años de vacaciones*. En cuanto a las variaciones del lugar del naufragio nos encontramos con las islas del Pacífico en *La isla de coral* de Ballantyne, con África en *El Robinson del desierto*. Catherine Traill sitúa su familia de Robinsones en Canadá, y existe también al alcance del lector español unos curiosos Robinsones del Himalaya. Y para no ahorrar frío a sus héroes ni las condiciones más adversas, Percy St. John llevará su naufragio a los hielos polares en el *Crusoe ártico*.

Pocas sagas han tenido el éxito de la generada por el libro de Defoe. Desde que al principio casi del siglo XVIII nace el prototipo, hasta que, ya en los años sesenta del nuestro, Scott O'Dell publica su *Isla de los delfines azules*; las historias de estos héroes que sobreviven en sus islas desiertas se han venido sucediendo sin interrupción. Libros que, salvo el original, están destinados a un público juvenil, se han convertido en clásicos de la literatura juvenil porque han sido adoptados por este público con independencia de cualquier imposición.

### Más allá del moralismo

El secreto está en que, como tantas veces, con independencia del mensa-



J.J. GRANDVILLE. ROBINSON CRUSOE. ANAYA, 1982.

je moralizante y didáctico, el joven encuentra en estos libros algo que muchas veces queda lejos de los bien intencionados propósitos de sus autores. El joven encuentra en estos libros un medio de liberación. Frente a la rutina de su medio habitual, la capacidad de huir a territorios fantásticos y lejanos; frente al trabajo reglamentado,

el ocio o el trabajo lúdico; frente a la sujeción de la ley de los mayores, la existencia de un mundo donde tan sólo él marca su propia ley y, finalmente, frente a esa situación de inseguridad que tantas veces ahoga al adolescente, esa identificación con el naufrago superhombre capaz de vencer las más terribles dificultades es la que afirma al joven lector en su propia autosuficiencia.

La mitificación resulta así liberadora. Ese mensaje que se pretende sea un vehículo de socialización, se convierte muchas veces en un medio de afirmar la propia rebeldía y de resolver las propias frustraciones. De ahí que cuando se pretende, como en la gran novela de William Golding *El señor de las moscas*, dinamitar el mito, el adolescente se sienta molesto y, generalmente, rechace su lectura. Al dinamitar el mito, también dinamitan su sueño. Y es que uno puede superar su propia ingrata condición si se identifica con Robinson Crusoe; nunca con Alejandro Selkirk. ■



CARMEN LUCINI. LA ISLA DE CORAL. S.M., MADRID, 1986.

\* Antonio Martínez Menchén es escritor.